

Andrews University

Digital Commons @ Andrews University

Faculty Publications

12-2015

Éxtasis en el Edén: Los designios de Dios para la sexualidad humana

Richard M. Davidson

Andrews University, davidson@andrews.edu

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.andrews.edu/pubs>

Recommended Citation

Davidson, Richard M., "Éxtasis en el Edén: Los designios de Dios para la sexualidad humana" (2015).
Faculty Publications. 2102.

<https://digitalcommons.andrews.edu/pubs/2102>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Andrews University. It has been accepted for inclusion in Faculty Publications by an authorized administrator of Digital Commons @ Andrews University. For more information, please contact repository@andrews.edu.

:: Éxtasis en Edén: Los designios de Dios para la sexualidad humana

Richard Davidson

*Profesor de Interpretación del Antiguo Testamento
Seminario Teológico Adventista
Andrews University*

La sexualidad ocupa un gran espacio en las páginas de la Biblia. Génesis 1–2 presenta el proyecto original de Dios para la sexualidad humana, y esta profunda presentación al principio de las Escrituras sienta las bases para comprender el resto de referencias bíblicas sobre el tema. Hacia el final de la Biblia hebrea todo un libro, el Cantar de los Cantares, se dedica a exaltar la belleza de la sexualidad humana, en lo que constituye un verdadero “retorno al Edén” y un comentario inspirado de las profundas nociones expuestas en Génesis 1–2. Muchos otros pasajes bíblicos tratan de sexualidad, pero en este artículo nos centraremos en el proyecto divino del Edén y el retorno al Edén del Cantar de los Cantares. La comprensión bíblica de la sexualidad se puede organizar en diez rúbricas principales.¹

I. El orden de la creación

Génesis 1:27 describe con impresionante grandeza la creación de la humanidad: “Así pues, Dios creó al ser humano [heb.: *ha’adam*] a su propia imagen, a imagen de Dios creó [a la humanidad]; los creó varón y hembra.” Este versículo deja claro que las diferencias sexuales del varón y de la mujer fueron creadas por Dios, y proceden de la misma orden divina. En contraste con muchas descripciones paganas de la creación en el Próximo Oriente Antiguo, en las que los seres humanos proceden de la unión sexual de divinidades masculinas y femeninas, el relato del Génesis separa radicalmente la sexualidad de la divinidad. Génesis 2 descarta cualquier idea que permita suponer que la creación ocurrió por procreación divina, como deja claro en detalle la manera personal en que Dios lleva a cabo esta obra de amor. Dios actúa como un alfarero al “modelar” (heb.: *yatsar*) al hombre a partir del polvo de la tierra (vers. 7) y como un arquitecto al “dar forma” (heb.: *banah*) a la mujer a partir de una de sus costillas (vers. 22).

El Cantar de los Cantares vuelve a evocar el ciclo completo de la creación en el huerto de Edén. A lo largo de todo el libro subyace la elevada doctrina de la creación que permanece en el telón de fondo de toda la literatura sapiencial bíblica. El amor sexual se asume como un proyecto que forma parte del orden de la creación, otorgado al hombre para su disfrute, como una “llama procedente del mismo Yahweh” (Cantares 8:6). En lenguaje poético los amantes del Cantar de los Cantares exaltan y ensalzan la creación de la sexualidad descrita en Génesis 1–2.

II. Heterosexualidad

Según el modelo establecido por Dios en Edén para la primera pareja (Génesis 2:18-24), la relación sexual estaba prevista entre “el marido [heb.: *’ish*]... y su mujer [heb.: *’isha*]” (vers. 24), o literalmente, entre “un hombre... y su mujer”. Esta terminología indica que el modelo edénico para las relaciones matrimoniales era *heterosexual*. Ese modelo heterosexual se conserva como norma para las relaciones a lo largo de todas las Escrituras canónicas. Cualquier desviación de esta norma heterosexual aparece descrita en términos negativos por los escritores bíblicos posteriores como una distorsión del proyecto divino para la sexualidad.² El Cantar de los Cantares exalta el modelo heterosexual al describir la relación amorosa entre Salomón y la Sulamita.

III. Monogamia

En Génesis 2:24 la correspondencia en paralelo del término ‘hombre/marido’ (heb.: *’ish*) con el término ‘mujer/esposa’ (heb.: *’isha*), siempre en singular y nunca en plural, claramente implica que la relación marital sobreentendida es *monógama*, limitada exclusivamente a un matrimonio entre dos cónyuges y nada más. Aunque algunos personajes bíblicos en algunas ocasiones se desviaron pecaminosamente del mandato divino, tales prác-

1 Para más detalles exegéticos y literatura especializada en apoyo de las conclusiones de este artículo, véase mi libro *Flame of Yahweh: Sexuality in the Old Testament* (Peabody, MA: Hendrickson; Grand Rapids, MI: Baker, 2007), especialmente las páginas 15-54 y 545-632 (caps. 1, 13-14).

2 Para ir más lejos, véase *ibid*, 133-176 (cap. 4); e *ídem*, “Homosexuality in the Old Testament,” en *Homosexuality, Marriage, and the Church: Biblical, Counseling, and Religious Liberty Issues*, eds. Roy Gane, Nicholas Miller y Peter Swanson (Berrien Springs, MI: Andrews University Press, 2012), 5-52.

ticas nunca son citadas con aprobación de parte de los escritores bíblicos, sino que son tácitamente condenadas mediante la descripción de los resultados desastrosos de las relaciones polígamas.³

Aunque algunos han argumentado en favor de un “triángulo amoroso” en el Cantar de los Cantares, las evidencias están a favor de una relación amorosa entre solo dos personas, Salomón y la Sulamita. Las evidencias también indican que Salomón fue monógamo al menos durante los veinte primeros años de su reinado, y que escribió Cantares durante este periodo de tiempo (1 Reyes 3:1; 7:8; 9:1,4,10,22,24; 2 Crónicas 8:11).

IV. Igualdad

El cuarto aspecto del plan divino para la sexualidad humana aboga por la igualdad de estatuto entre los conceptos de “macho” y “hembra” en Génesis 1:27. No hay el menor indicio de jerarquía entre el varón y la mujer en el contexto de este pasaje: ambos reciben la misma orden de dominio sobre la tierra y las demás criaturas, y no del uno sobre el otro (Génesis 1:26,28); ambos comparten además la misma bendición y la misma responsabilidad ante la procreación (Génesis 1:29-30). En fin, ambos participan igualmente de la imagen de Dios.

Génesis 2 refuerza lo expuesto en Génesis 1. En Génesis 2 la mujer es creada de una costilla de Adán, no para indicar una situación de derivación, sino para mostrar que ella se sitúa a su lado como su igual. Ella es la “ayuda que le corresponde” (heb.: *‘ezer kenegdo*, Génesis 2:18), una frase que en la lengua original

3 Para más información véase Davidson, *Flame of Yahweh*, 177-212 (cap. 5).

no indica a un ayudante o asistente subordinado, sino una “pareja de igual rango”. El hombre y la mujer antes de la caída son presentados como plenamente iguales, sin el menor indicio de liderazgo del uno sobre el otro ni de relación jerárquica entre el hombre y la mujer. Aunque Génesis 3:16 sí que habla de cierto liderazgo del marido tras la caída, con la intención de preservar la unidad y la armonía en el hogar en un mundo pecador, Dios llama al mismo tiempo a maridos y esposas a buscar tanto como posible el regreso al plan edénico de igualdad original sin jerarquía (fijado en Génesis 2:24).⁴

En paralelo con Génesis 1–2, los amantes del Cantar de los Cantares aparecen en un nivel de plena igualdad en todos los planos. La tónica de esta relación igualitaria la da Cantares 2:16: “Mi amado es mío y yo soy suya.” Cantares describe de hecho una inversión de la “maldición” de Génesis 3:16: en lugar del “deseo” (heb.: *teshuqah*) de la mujer hacia el marido, la Sulamita canta el deseo (heb.: *teshuqah*) de su amante hacia ella (Cantares 7:10). Así que el mensaje de Cantares es que incluso después de la caída, nosotros debiéramos disfrutar del plan edénico de igualdad en el matrimonio.

V. Integralidad

El quinto aspecto del plan de Dios para la sexualidad concierne a su integralidad. Génesis 2:7 presenta una visión holística del ser humano: el ser humano *tiene* alma, es un alma, una unidad psicofísica. No hay lugar en la Biblia para la idea platónica de la separación entre el alma y el cuerpo, ni hay lugar para la noción sostenida por ascetas cristianos de que el cuerpo es malo y que

4 Ver *ibíd.*, 55-80 (cap. 2).



HTTP://MG015.NDSSTATE.COM/WALLPAPERS/8052856CC7EA2D62D42FC04F430B3_LARGE.JPG

por lo tanto todas las expresiones de placer del cuerpo —incluidas las sexuales— están contaminadas.

Génesis 2 presenta también una visión holística de la relación conyugal: marido y mujer se necesitan ambos para estar “completos”. El capítulo comienza con la creación del hombre, pero este se siente incompleto, solo, y eso “no es bueno” (vers. 18). Necesita una compañera. Así surge la búsqueda del hombre para satisfacer la “sed de plenitud” que Dios mismo le ha inspirado. Esa sed no puede satisfacerla la compañía de los animales (vers. 20), sino tan solo aquel ser sexuado que Dios ha “artísticamente diseñado y modelado” (heb.: *banah*, vers. 22) para que esté a su lado como su complemento. Y en efecto, a la vista de Eva Adán exclama: “¡Por fin, ahora estoy completo! ¡Aquí está la que me completa plenamente!”

El concepto de plenitud en la sexualidad aparece como uno de temas principales del Cantar de los Cantares, subrayado por los sentimientos que la presencia o la ausencia del otro suscitan en los amantes (ver en particular Cantares 3:1-5; 5:2-8). “La ausencia acrecienta la añoranza del corazón” y el tema de la ausencia sirve para hacer resaltar aún más el valor de la presencia. ¡Los amantes de necesitan plenamente! En Cantares el hombre y la mujer aparecen como individuos capaces, independientes, seguros de sí mismos, y al mismo tiempo convertidos en “huesos de sus huesos y carne de su carne” el uno del otro.

Génesis 2:24 expone de modo específico el plan divino para las relaciones maritales, presentando una concisa teología del matrimonio: “por lo tanto [inglés: *therefore*, New King James Version, “por consiguiente”] el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y se harán una sola carne.” El término ‘por consiguiente’ se refiere al texto que precede, indicando así que el matrimonio de Adán y Eva provee el modelo divino para todos los matrimonios por venir. Este versículo destaca tres características esenciales de la relación marital: exclusividad, permanencia e intimidad. Vamos a analizarlas en orden en los siguientes tres puntos.

VI. Exclusividad

Lo primero que debe hacer el hombre, según Génesis 2:24, es *dejar* (heb.: *‘azab*) padre y madre. En los tiempos en que Génesis fue escrito, la mujer solía dejar la casa de sus padres al casarse, pero Moisés anuncia algo que era revolucionario para la época: en el plan divino ¡el hombre también tenía que salir de su entorno! Ambos debían dejarlo. El “dejar” de Génesis 2:24 indica la necesidad de exclusividad, de quedar libres de interferencias externas que coarten la independencia requerida por las relaciones sexuales. Si un cerco de protección en torno a la pareja era esencial en el Edén, sigue siendo crucial para el éxito de las relaciones sexuales fuera del huerto: el plan de Dios es que

marido y mujer formen una unidad familiar propia y exclusiva, públicamente reconocida y respetada por sus familias respectivas, por la comunidad de fe y por la sociedad en general.

En el Cantar de los Cantares la Sulamita expresa la exclusividad de su relación repitiendo tres veces este estribillo: “Mi amado es mío y yo soy suya” (2:16; cf. 6:3; 7:10), mientras que Salomón declara, por su parte, esta exclusividad repitiéndole a su esposa: “Mi paloma es única... y la única” (6:9).

VII. Permanencia

En segundo lugar Génesis 2:24 declara que el hombre debe *unirse a* (heb.: *dabaq*) su mujer. La imagen original que evoca el término hebreo es la de una unión permanente: “adherir, soldarse, como la piel a la carne y la carne al hueso”. En el Antiguo Testamento esta palabra se usa a menudo como término técnico para referirse a la alianza permanente establecida entre Israel y Dios (véase, por ejemplo, Deuteronomio 10:20; 11:22; 13:4). En Génesis 2:24 este término indica el compromiso mutuo de la pareja expresado en el contexto de la ceremonia de alianza de un matrimonio formal. Equivale a los “votos matrimoniales” pronunciados por Adán y Eva en su propio casamiento (vers. 23). El término *dabaq* no solo se refiere a los aspectos externos de los lazos de la alianza sino que también incluye las actitudes profundas en sus dimensiones internas, la devoción y la fe mutua entre los cónyuges, su mutuo amor verdadero, su buena voluntad, su fidelidad, y su compromiso de mantenerse unidos permanentemente.

Si en el modelo del Génesis el hombre y la mujer deben “unirse” el uno al otro en la alianza matrimonial, el Cantar de los Cantares alcanza su clímax en la ceremonia nupcial. La simetría de la estructura literaria de Cantares revela una disposición compleja encaminada a resaltar la sección central, que es la que describe la boda de Salomón con su esposa (Cantares 3:6–5:1). Las palabras de inspirada sabiduría de la Sulamita ensalzan el proyecto divino de que la relación de amor del matrimonio sea permanente: “El amor es definitivo como la muerte... Ni las muchas aguas podrán apagarlo” (Cantares 8:6-7).

VIII. Intimidad

Finalmente, según Génesis 2:24, después de que marido y mujer se han unido legalmente en santo matrimonio, pueden “llegar a ser una sola carne [*basar ‘ejad*]”. Esto se refiere en primer lugar al acto de intimidad de la relación sexual (ver 1 Corintios 6:16). Es crucial observar que esta fusión en “una sola carne” ocurre *después* del “unirse”, de modo que según el proyecto divino la relación sexual solo tiene lugar en el contexto de una relación matrimonial, y no en un encuentro premarital.

Aunque el acto físico de la relación sexual es presentado aquí como el medio inmediato que introduce en el profundo misterio

de la unidad, la expresión “una sola carne” también se refiere a todo lo que tiene que ver con la intimidad en la relación de la persona total del marido con la persona total de su mujer. La frase que algunos traducen por “*serán una sola carne*” estaría mejor traducida por “*llegarán a ser una sola carne*”, implicando un proceso de crecimiento continuo en intimidad en los diferentes aspectos de la vida.

Del mismo modo que en Génesis 2:24 la unión que hace de los cónyuges “una sola carne” sigue al acto por el cual los novios se “unen en alianza”, en el Cantar de los Cantares la relación sexual tiene lugar solo *dentro* del contexto de la alianza matrimonial: el novio testifica delante de la novia en el momento de la boda que ella es un “huerto cerrado” (4:12), es decir, que ella es virgen. El Cantar de los Cantares contiene una serie de reflexiones que abarcan la historia de las relaciones íntimas entre Salomón y la Sulamita: un periodo de noviazgo (1:2–2:7) seguido de los desposorios (2:8–17), que alcanza su clímax en la ceremonia de boda y la consiguiente consumación del matrimonio (3:6–5:1), extendiéndose más allá en la descripción de una profundización de la intimidad en la vida compartida por la pareja ya casada (5:2–8:14).

IX. Sexualidad y procreación

Uno de los propósitos de la sexualidad es la procreación, como indican las palabras de Dios al bendecir a la primera pareja: “Creced y multiplicaos” (Génesis 1:26). La procreación forma parte del proyecto divino para la sexualidad humana, como una bendición añadida que debe ser tomada en serio, de modo libre y responsable con el poder que Dios mismo otorga. Pero el relato del Génesis deja claro que la sexualidad no puede ser subordinada únicamente, y ni siquiera primeramente, al propósito de engendrar hijos. Una bendición semejante fue pronunciada el quinto día sobre los peces y las aves (vers. 22), pero solo los seres humanos fueron creados a imagen de Dios, capaces de mantener relaciones interpersonales.

Génesis 2 subraya la prioridad del propósito unitivo, y no procreativo de la sexualidad humana mediante la ausencia completa de referencias a la procreación de hijos. Esta omisión no implica la negación de la importancia de la procreación (como resulta aparente en capítulos posteriores de las Escrituras). Pero el “punto final” que sigue a la frase “una sola carne” en el versículo 24, da a la sexualidad pleno sentido como acto relacional independiente, por su valor unitivo. Las relaciones sexuales no necesitan justificarse como medios en vistas al fin superior de la procreación.

Como el relato de la creación de Génesis 2, tampoco el Cantar de los Cantares relaciona la experiencia sexual en el matrimonio con el propósito utilitario de la procreación. Hacer el

amor simplemente por amor y no en aras de la procreación, es el mensaje de Cantares. Eso no implica que Cantares sea hostil a la dimensión procreadora de la sexualidad: los amantes aluden a la maravilla de su propia concepción (Cantares 3:4; 8:2) y de su nacimiento (Cantares 6:9; 8:5). Pero el libro da valor a la unión sexual por sí misma, sin necesidad de justificarla en vistas a un fin (procreador) supuestamente superior.

X. Plenitud de belleza y gozo

El aspecto final del plan de Dios para la sexualidad humana queda claro en su propia valoración de su creación, pronunciada al final de esta en Génesis 1: “Dios vio todo lo que había hecho —incluida la sexualidad de los seres que coronaban su creación— y he aquí que todo era bueno en gran manera” (vers. 31). La expresión hebrea *tov me’od* (“muy bueno”) se refiere a la quintaesencia de lo bueno, a su plenitud, a su perfección y a su belleza. En el principio Dios declara que el sexo es bueno, muy bueno. No se trata de un error, de una aberración pecaminosa, de una lamentable necesidad, de una experiencia vergonzosa, como ha sido tan a menudo considerado en la historia del pensamiento occidental. Al contrario, la sexualidad humana fue divinamente planeada: forma parte del perfecto designio de amor desde el principio, querida por Dios como un aspecto fundamental de la existencia humana.

Génesis 2 exalta el carácter santo del matrimonio subrayando la intervención divina en la relación entre ambos sexos. Después de formar a la mujer, Dios “la trajo al hombre” (vers. 22). ¡El Creador en persona oficiando la primera boda! La sexualidad en el matrimonio es no solo bienhechora sino santa, porque diseñada y bendecida por Dios mismo (como el sábado, Génesis 2:3, y el santuario, Éxodo 40:34–35) a través de su presencia. Cuando los cónyuges se mantienen en relación espiritual con su Creador, sus relaciones sexuales entre sí también florecen.

Una reflexión final sobre el plan de Dios para la sexualidad humana en el marco del relato del Génesis surge del vers. 25: “Y el hombre y su mujer estaban ambos desnudos, y no se avergonzaban —o más exactamente, según el original hebreo— *no se avergonzaban el uno ante el otro.*” La relación sexual ha sido designada por Dios en vistas a una experiencia de amor, placer, celebración y unidad entre marido y mujer, una bendición para ser disfrutada sin temor, inhibiciones, vergüenza o reservas.

En el Cantar de los Cantares, como en Génesis 1, la sexualidad (al igual que todo el resto de la creación divina) se describe como *tov me’od* —“bienhechora, bella y buena—”, digna de ser celebrada y disfrutada sin temor ni retraimiento. Como en Génesis 2, los amantes de Cantares se encuentran “desnudos y... sin avergonzarse el uno ante el otro”. El Cantar de los Cantares de Salomón es como un retorno al Edén. Aunque se encuentren en

un mundo de pecado, los amantes de después de la caída todavía pueden disfrutar de ciertas bellezas del Paraíso. Rodeados de la belleza sensual de un huerto, donde todo es sensualmente hermoso, los cónyuges de Cantares celebran la belleza del amor sexual. En un lenguaje que es a la vez sensual y de delicado buen gusto, cada uno de los amantes exalta la belleza del otro. Mediante metáforas poéticas y frases con *doble sentido* que a la vez revelan y esconden, describen el placer extático de la relación sexual. El punto álgido del libro —su centro exacto (4:16; 5:1, dejando 111 versos a cada lado)— consiste en una invitación y en una aceptación de esa invitación, a consumir el matrimonio mediante la unión sexual.

¡Un libro entero para celebrar la fascinante belleza y el disfrute del amor sexual humano! ¿Cómo se puede justificar la inclusión de tal libro en el Canon sagrado? ¡No se necesita ninguna otra justificación! Quienes tienen que recurrir a una interpretación alegórica para justificar la existencia de Cantares en la Escritura no han captado su mensaje crucial —el Cantar de los Cantares en su sentido más evidente y *literal* no es un mero y “secular” canto de amor, sino que contiene un profundo significado espiritual y teológico—. Desde la perspectiva del Antiguo Testamento Dios no está ausente de Cantares, ni falta en él su amor y su cuidado hacia sus criaturas. Este amor se manifiesta claramente en el disfrute y en el placer (dado por Dios a la humanidad por creación) que los amantes descubren el uno en el otro y ambos en su entorno compartido.

En armonía con la presentación de la creación en Génesis, la sexualidad en Cantares forma parte de la bondad de la creación divina, y desde que fue creada por Dios, como una “llama de Yahweh” (Cantares 8:6) habla elocuentemente —quizá de modo más elocuente que cualquier otro— de su amor por su creación cuando es disfrutado en armonía con las intenciones divinas. La afirmación del amor sexual humano en el Cantar de los Cantares es por lo tanto una afirmación implícita del Creador del amor. En el Cantar de los Cantares tenemos las supremas declaraciones del Antiguo Testamento sobre la sexualidad, hasta el punto de que Rabí Akiba lo llama “el lugar Santísimo!”⁵

A lo largo de todo el libro de Cantares el amor matrimonial es descrito en categorías paradisiacas: ¡admirablemente bello, maravillosamente sensual, una celebración exuberante, una aventura emocionante, una exquisita delicia, altamente erótico, resuelto y desinhibido, controlado y elegante, travieso y

juguetón, enamorado y romántico, fuertemente apasionado, y un asombroso misterio!⁶

¡El plan edénico de Dios para el sexo es indudablemente hermoso, gozoso y admirable! Incluso ahora que estamos en un mundo caído, Dios invita a los hombres y las mujeres a seguir disfrutando de este precioso plan, como implica el “por lo tanto” [“por consiguiente”] de Génesis 2:24, y según el modelo que nos deja el Cantar de los Cantares de Salomón, describiendo la santa belleza del amor sexual como un “regreso al Edén”. Dios promete la “llama de Yahweh” (Cantares 8:6), el don de su propio amor, para que arda cada vez más luminosa en los corazones y en los hogares de los cónyuges enamorados y puedan experimentar cada vez más plenamente ¡el éxtasis edénico del plan de Dios para la sexualidad!

Traducción de Roberto Badenas

5 *Mishnah, Yadaim* III, 5: “Porque en todo el mundo no hay nada que iguale al día en que el Cantar de los Cantares fue entregado a Israel, ya que todas las Escrituras son santas, pero el Cantar de los Cantares es lo más santo [*the Holy of Holies*].”

6 Para ir más lejos en el análisis de esas cualidades paradisiacas del amor conyugal, véase Davidson, *Flame of Yahweh*, 607-621.